

UN EPISODIO FRONTERIZO DERIVADO DEL CORSO (S. XVI)

GUILLERMO GOZALBES BUSTO

Universidad de Granada

El enfrentamiento Islám-Cristiandad no se terminó en el territorio peninsular con la conquista del Reino de Granada a finales del siglo XV. Las potencias hispánicas, desde los primeros años del siglo, habían puesto pie en la orilla africana del Estrecho de Gibraltar. Sin embargo, esa orilla opuesta mediterránea iba a servir de base para contraofensivas marítimas y terrestres que convertirían las costas, sobre todo aquellas del antiguo reino granadino, en verdaderos frentes bélicos durante los siguientes siglos.

Es el complejo problema del corso, cuya actividad se prolonga más de dos siglos después de la desaparición del poder islámico español. Hay dos focos corsarios en el Mediterráneo que son, a la vez, los dos grandes mercados de esclavos cristianos capturados en sus correrías. Tetuán y Argel son las principales bases y mercados. De allí salen las naves, aisladas o en flotillas que atacan la navegación, en principio en los alrededores del Estrecho, posteriormente en radios de acción cada vez más alejados.

Un nuevo foco corsario abierto por hornacheros y andaluces en la ría del Bu Regreg, frente a la ciudad de Salé, intensifica y endurece las acciones de corso en la fachada atlántica africana. Desde aquí no solo se hacen incursiones contra las islas Canarias sino que se hostigan las comunicaciones de la llamada ruta de las Indias. Pero esto tiene lugar en el siglo XVII, que no vamos a contemplar en este rápido esbozo de la situación de un hecho acaecido en la mitad del siglo XVI.

Así contados los hechos parecen muy simples pero le hemos llamado, creemos que con razón, complejo problema del corso porque, en realidad, no se da un corso puro y simple. No es igual la fusta tripulada por los moriscos, que fundan y pueblan Tetuán o Rabat, que aquella que arman los turcos de Argel. Si en estos últimos la razón esencial de sus ataques deriva de la ofensiva general del poder turco contra el hispano, por lo menos hasta la tregua subsiguiente a Lepanto, las motivaciones de los moriscos responden a otras coordinadas psicológicas enraizadas en la política seguida al finalizar la Reconquista.

Los hispano-musulmanes y los moriscos, huídos de la Península, que arman y tripulan las naves corsarias, no se limitaban a los ataques marítimos sino que desembarcaban en las costas, arrasando y capturando lo que podían. A veces se adentraban muchos kilómetros en tierra firme, en terreno conocido por la mayoría de ellos, porque habían sido sus antiguos habitantes, los

que ahora se habían convertido en audaces marinos. Se llevaban consigo pueblos enteros, tomaban como esclavos a los cristianos viejos que podían encontrar.

No es que los turcos no hicieran lo mismo, pero siempre iban acompañados de guías moriscos, como auxiliares de éstos o llamados por las poblaciones de cristianos nuevos.

En ocasiones se daban verdaderas batallas entre los asaltantes y las tropas que iban a su encuentro. Tal ocurrió en la incursión realizada por un célebre caudillo, al-Dogaili, al frente de 400 moriscos, desembarcados en las costas de Almería y que, alcanzando el pueblo de Cuevas de Almanzora, se llevaron cautivos a todos sus habitantes. A su vuelta para el reembarque, con toda su presa, rechazaron victoriosamente los ataques de los cristianos que se lanzaron a su persecución.

En esa ocasión fueron apresados más de dos centenares de cautivos, sin que pudieran rescatarse la totalidad de ellos. Esto ocurrió el 28 de noviembre de 1573 y hasta 1579 se ven consecuencias de la acción.

Así, pues, no solo son las aguas un frente de guerra sino que una ancha franja litoral lo es también, con las graves consecuencias de ello derivadas, entre ellas, despoblación y atraso económico social prolongado. Fenómeno inverso al de la otra orilla donde florecen, sobre todo, tres ciudades que viven y se desarrollan, gracias a los frutos de esa guerra no declarada que constituye el curso. Un curso que podríamos calificar, en muchos periodos, mas de curso morisco que no de berberisco, como se le conoce comunmente.

La actividad bélica por ambas partes, ofensiva una, defensiva otra, va a dar lugar a una variedad casuística que se refleja en bastantes documentos de la época. Las presas de los cristianos y su venta en los mercados de Argel y Tetuán se verán fielmente captadas en los manuscritos de redenciones de cautivos. Las huídas de los moriscos «allende» y los asaltos a los pueblos costeros son objeto de diligencias y procesos que también se conservan.

Unos y otros documentos nos dan una visión, bastante aproximada, de una época histórica de la que habría que rectificar algunas coordenadas. Aquí presentaremos un episodio de esa frontera marítima del siglo XVI. Se encuentra documentado en el legajo 86-13 del Archivo de la Alhambra, que intentaremos resumir, antes de dar cuenta de algunos detalles más significativos.

El viernes 30 de Agosto de 1555, a media noche, una partida de «moros» desembarcados previamente en la costa, se habían internado hasta el lugar de Inix, de la taha de Almegijar. Una vez en el lugar asaltaron la casa de Antón Pastor, un cristiano viejo, echando abajo la puerta y llevándose cautivas siete personas, practicamente toda la familia. Niños y mujeres fueron víctimas de aquel secuestro que promovió un proceso penal, porque se acusaba a los vecinos del pueblo, cristianos nuevos todos, de no haber ayudado a los cristianos viejos apresados por los «moros» ni haber perseguido a éstos.

El expediente se abre en el mismo folio 1 del legajo, con los hechos expuestos por el Capitán Jerónimo de la Cueva, que toma declaración, en Almería, a varios cristianos nuevos de Inix, supuestamente implicados en los mismos :

«En la noble ciudad de Almería, a primero día del mes de Septiembre de mil e quinientos e cincuenta y cinco años, el ilustre señor, don Geronimo de la Cueva, Capitán de

su Magestad , de la gente de guerra de esta ciudad de Almería dijo que, por cuanto los moros, enemigos de nuestra santa fe católica, el viernes pasado, en la noche, que se contaron treinta días del mes de agosto, que ahora pasó, dieron de noche en el lugar de Inix de la Taha de Almixixar, término e jurisdicción de esta ciudad de Almería, y se llevaron cautivos siete personas, de la casa de Anton Pastor, cristianos viejos, entre los cuales llevaron mujeres e doncellas e niños, e asi mismo hirieron al vicario del dicho lugar y a Juan de Iniesta, fiscal, y los vecinos de dicho lugar no salieron a les favorecer, por lo cual han caído e incurrido en grandes y graves penas y porque al presente la gente de guerra, que salió al rescate, ha traído ciertos vecinos del dicho lugar. Y para que conste al ilustre señor Conde de Tendilla, Capitán General de este reino de Granada, en virtud de lo susodicho tomó las confesiones a los susodichos en la forma e manera siguiente».

Continúan las llamadas confesiones, previo «juramento en forma de derecho», de mas de una docena de cristianos nuevos de Inix, comenzando por el propio regidor, Diego Pérez, a quien se le reprocha que, siendo regidor, no saliese de su casa hasta que, practicamente acabó la operación corsaria.

Afirma que oyó las voces del vicario, apellidando, « Almería, Almería, al muzlamin», esto es, «Almería, Almería, los moros», pero que no se atrevió a salir de su casa. Pasado un rato, sí salió, y subió a la torre de la iglesia, donde se puso a tañer la campana. Seguidamente bajó y se unió a Juan Iniesta, dirigiéndose a la costa, haciendo fogatas y gritando alarma. Se juntaron con ellos el Tezi y el Maycani, encendiendo todos lumbres, hasta el amanecer, sin haber encontrado moros ni barcas. Diego Perez no necesita intérprete pero firma en árabe.

La siguiente declaración es de ese citado Maycani que confirma , en gran parte , lo manifestado por el anterior. ¿ Por qué no salieron todos los vecinos en persecución de los moros ? , le preguntan. Contesta que sí salieron, pero como era de noche cada uno se fue por un lado , sin saber por donde caminaban. Maycani no sabe castellano y solo habla « en algarabia». Lo interpreta el propio escribano.

Lo mismo ocurre con el siguiente declarante, García de la Torre, vecino de Pastor. El oyó cómo entraban en la casa de al lado, rompiendo la puerta y , entonces, atrancó la suya. Escuchó las voces de los muchachos y doncella y otra voz que les decía, «no tengais miedo», señal inequívoca de que había moriscos entre los asaltantes. Luego oyó tocar la campana y salió con los del pueblo en seguimiento de los captores , haciendo fuegos por las sierras.

Tampoco sabe castellano Miguel Xarhon, que se enteró de la cosa al día siguiente, por vivir a media legua de Inix.

Un hermano de Diego Perez, Luís, dice que estaba durmiendo y lo despertó la campana. Salió a ver lo que era y se encontró con su hermano, con el Maycani y con Iniesta y se fue con ellos por la sierra hacia el mar. Iniesta y él se volvieron porque el primero iba herido en un brazo, al igual que el vicario lo estaba en la frente y necesitaban curarse en el pueblo.

El siguiente confesante, Andrés el Tezi, no sabe castellano y firma en árabe. A media noche estaba a una milla de Inix cuando oyó voces y el tañer de la campana. Se encontró con Iniesta y Diego Perez que le dijeron lo que pasaba. Entonces corrió a su casa y le dijo a su mujer

e hijos que se fueran a la sierra. Luego marchó tras Iniesta y Perez, el primero, herido en el brazo, se volvió, pero él siguió adelante y, ya de mañana, distinguieron el navío que salía hacia el mar.

Otro vecino, Martín el Bondoqui, cuya declaración tiene que ser traducida por el alguacil, no sabe nada, ni se enteró de nada, porque su casa, según dice, está en el límite del pueblo.

En árabe declara García de Quesada. Oyó las voces del vicario y llevó su mujer e hijos fuera de su casa, a una fuente alejada. Luego volvió cuando tocaban la campana, viendo al vicario con algunos mancebos y vecinos. Salió con Pérez e Iniesta tras los moros. Encontraron a Vicente Alguacil y otros, que dijeron que los asaltantes ya se habían ido y que habían visto salir el navío al mar.

Otro que no sabe castellano, García Halgua, había estado todo el día arando en la sierra y cuando llegó a su casa, en las afueras del pueblo, se acostó cansado. Su mujer le despertó a media noche porque sintió la campana y pensaron que eran moros. Escondió a su mujer e hijos y él mismo se ocultó. Al día siguiente oyó en el pueblo el relato de lo sucedido.

El vecino Alonso el Ray, se muestra aún más ignorante que el anterior, porque dice que él se fue a dormir aquella noche a una viña que tiene fuera del pueblo. No supo nada hasta la mañana siguiente. Este Ray declara seguramente en castellano porque el escribano no dice nada al respecto.

El siguiente confesante, Alonso de Morales, sí escuchó gritos a media noche y aunque vive en la última casa del pueblo, salió a ver qué pasaba. Se encontró todo el vecindario alborotado y dirigiéndose a casa del vicario, lo vio con una herida en la frente. Al preguntarle la causa le contestó que los moros habían llegado a su casa y le habían dado una saetada. Después se llevaron cautivas siete personas de casa de Pastor. Morales se unió a otros muchos que salieron en persecución de los moros, haciendo fogatas por las sierras, para dar la alarma, pero sin encontrar a los perseguidos. No sabía escribir y habla en árabe.

En las mismas condiciones, mediante intérprete, declara Luís Alcaide. El estaba durmiendo cuando, a media noche, lo despertó una vecina, diciéndole que había moros en el pueblo. Cuando salió a ver lo que ocurría, ya se habían marchado. Entonces se unió a los vecinos que se juntaron para seguir a los fugitivos, pero no pudieron alcanzarlos en toda la noche y por la mañana vieron la fusta, que se hacía a la mar.

Toman juramento también a Martín Vizcaino, que estaba durmiendo cuando le despertó la campana. Salió de su casa y vio a Juan de Iniesta que llevaba su ballesta armada, e iba con él Diego Pérez. Ambos le dijeron lo que pasaba. Salió con los del pueblo en seguimiento de los captores, pero a pesar de la luna llena no pudieron encontrar rastros. Hicieron lumbres y estuvieron buscando hasta el amanecer. No firma por no saber. Sólo habla en árabe.

Con ésta se acaban la serie de declaraciones tomadas el día 1 de septiembre de 1555.

Es curioso observar la cantidad de vecinos que firman en árabe, preguntándonos si aquella cultura que se manifiesta en el conocimiento de la escritura era lógica en aquellas pequeñas aldeas o bien eran residuos de la antigua nobleza de la capital refugiada en las Alpujarras

El día 2 don Jerónimo de la Cueva manda sacar testimonio de todo lo actuado para enviarlo al Conde de Tendilla y ordena que los declarantes den fianzas, «llanas y abonadas». Firma con él, el doctor Morales y Martín de Ibarra.

Seguidamente tres vecinos de Almería, García, Martínez y De las Heras, se constituyen en carceleros de los anteriormente declarantes, saliendo fiadores de los mismos, lo cual firman de testigos Lorenzo García, Pedro de Ubeda, Martínez de Bogarra, Gil Gutierrez y el escribano Diego López de Badajoz, de los del número de la Ciudad de Almería.

Aquí termina la exposición documental del caso que ocupa seis folios del mencionado legajo, en el que no se aclara debidamente si hubo o no, lo que llamaríamos auxilio a la rebelión, o como dice el primer escrito, «no le salieron a les favorecer».

La mayoría no se enteró de la incursión, bien porque vivían lejos del centro del pueblo, o porque estaban durmiendo. Los que se dieron cuenta a tiempo, expresan cierto temor, encerrándose al pronto en sus casas.

Todos declaran una actividad a posteriori, para justificar su actitud. Así, dicen que salieron tras los agresores, encendiendo fuegos por las sierras. Lo que no aclaran suficientemente es, si marcharon en su búsqueda para unirse a ellos, o para impedir el secuestro.

Bastantes veces eran los propios vecinos del pueblo los que llamaban a sus antiguos correligionarios, ya establecidos en Africa, para irse con ellos. Ahora no parecía ser así, porque todos los indicios muestran algo de sorpresa en la operación.

Sospechamos alguna complicidad, o bien la colaboración de un antiguo residente, porque los asaltantes fueron directamente a la casa de Antón Pastor, el único cristiano viejo del lugar, para cautivar a toda su familia. Cuando los demás quisieron darse cuenta el rapto era ya un hecho. Luego vendría la lucha con el vicario y el fiscal, ambos heridos, y la rápida huída, acompañados de los toques de campana y los gritos del vicario.

No está muy claro si hubo negligencia o temor por parte de la mayoría de los vecinos. Naturalmente ellos declaran esto último, acentuando algunos su actitud de esconder a la mujer y a los hijos para que no se los llevaran.

Desde luego los asaltantes conocían perfectamente el terreno que pisaban, desde la costa donde desembarcaron, hasta el pueblo y las sierras que debían atravesar.

Cuando algunos vecinos llegaron de madrugada a la vista del litoral, la nave ya estaba navegando. Con el característico viento de levante de esa época del año, su refugio estaba en las costas del Rif o, inclusive, en el mismo Tetuán, donde radicaba el mercado que sacaba frutos de aquellas razzias.

En no muchas horas la desgraciada familia Pastor se vería inmersa en un mundo hostil, con un destino bastante incierto.

La vida de frontera no se había acabado prácticamente para toda una franja litoral del Sur y Este peninsular. Con la agravante de que en el interior de la misma vivían poblaciones de dudosa lealtad hacia el sistema en que habitaban. Lo dice simplemente el hecho de no hablar todavía el mismo idioma que sus vecinos, llegados posteriormente.

A la España imperial, aquella en cuyos dominios no se ponía el sol, no le quedaban alienos, por lo visto, para una tarea menor, pero vital para los propios españoles. Tratar de cristianizar y castellanizar un pueblo, vencido hacía sesenta años.